

Jorge Valenzuela Garcés. *Juegos secretos*. Lima, Escombros Casa Editorial, 2011, 106 pp.

La reciente publicación del libro *Juegos secretos* de Jorge Valenzuela (Lima, 1962) nos confirma la gran calidad, la fidelidad y la persistencia con las cuales el autor ha venido cultivando el género breve durante más de veinte años. Pocos escritores peruanos (una buena mayoría ha optado por la novela) siguen teniendo la fe que tiene Valenzuela en el cuento. Con este ya son cuatro los libros de relatos que publica desde su *opera prima*, *Horas contadas*, de 1988; y el primero que da a la luz después de la recopilación de su obra narrativa editada en el volumen *La sombra interior* del 2006.

Como ya ha señalado la crítica, los cuentos de Valenzuela no son constructivos ni presentan personajes edificantes o situaciones en las que estos puedan mostrar algún tipo de grandeza, bondad y menos la capacidad para amar o perdonar. Sus historias y personajes están hechos de la dureza, la derrota y el dolor de estos tiempos y se inspiran en la tradición del relato decadentista, pero también en la del policial negro de corte existencialista.

En esta oportunidad, siguiendo esa poética de la destrucción inevitable, nos muestra un universo viciado por el cinismo y el desamor, por la traición y la muerte, en el que los personajes dan un paso definitivo en sus vidas; paso que los aleja de toda posibilidad de reconciliación consigo mismos y con los demás, pues han perdido toda esperanza. A sus personajes, a los que se les cierra toda posibilidad de alcanzar una merecida tranquilidad y sobre todo de ser felices, solo les queda el rencor y el meditado cinismo, el juego embozado, la espera para la consumación

de la venganza que consideran la razón de sus vidas. Como sostiene Guillermo Niño de Guzmán en la contratapa del libro, este conjunto de cuentos presenta “un mundo en el que las manifestaciones del mal tienen un rol protagónico. Sea a través de los intensos espejismos del amor o de las relaciones más distantes e impersonales, el mal se manifiesta con la fuerza de lo ineluctable, destruyendo definitivamente las esperanzas de quienes, por un momento, pensaron que podían alcanzar la felicidad”.

Esta característica, común a muchos personajes del libro, revela estéticamente un estado de descomposición moral heredado del contexto de los años ochenta y noventa en el Perú, en el que muchos peruanos vivieron la experiencia del exilio interior, el envilecimiento personal y la pérdida de fe. Como tal, esa característica se convierte en una marca distintiva de la narrativa de Valenzuela, pero también de toda la generación de narradores de los años ochenta, a la que pertenece el autor, y de la que es uno de sus más destacados representantes.

En *Juegos secretos* es visible, en términos generales, la explotación de los recursos del relato policial. Es evidente, por lo tanto, el magisterio de los grandes maestros del relato del crimen y de suspenso, como Edgar Allan Poe, cuya técnica en el procesamiento racional de los acontecimientos narrados, desde la primera persona, permite su progresivo develamiento hasta la resolución final. Este proceder, sin embargo, en el caso de los cuentos de Valenzuela, no se hace respetando las convenciones decimonónicas del relato policial clásico, sino a partir de un acertado manejo técnico que apela a dos recursos presentes en la mayoría de sus cuentos: la fluidez de los diálogos, afectados en su dimensión temporal (que nos permite relacionar presente y pasado), y la estratégica ambigüedad con que son presentados los hechos en medio de un universo lleno de engaños y de apariencias. Es el caso, por ejemplo, del primer cuento, “No juegues con fuego”, en el que se narra el asesinato de un aprovechado inquilino y que tiene el mérito de desviar, permanentemente, la atención del lector y de hacer invisible al culpable hasta el final.

La presencia de personajes pertenecientes al mundo peruano-japonés es otro aspecto importante desarrollado en el libro y nos hace

recordar a otro escritor peruano, Augusto Higa, quien ha cultivado exitosamente la representación literaria de este universo. En el caso de Valenzuela, esta incursión, inédita en su narrativa, le permite relacionarse y analizar temas como el de la identidad, el arribismo social y la corrupción. El cuento titulado “Sakai” nos narra la historia de un peruano-japonés que viaja al Japón tratando de reencontrarse con sus raíces orientales sin advertir que su identidad peruana podía reclamarle, con la urgencia y contradicciones del caso, un lugar preminente en su vida, hecho que sucede en el cuento desencadenando un final sorprendente. Esta historia nos muestra cómo se produce artificialmente la preparación de una identidad, que supone el aprendizaje de una cultura en todos sus detalles (datos, cifras, geografía), y cómo se fracasa en el intento de ser ese otro que no se es, hasta la disolución final del sujeto. Anotemos, a partir de este cuento, un recurso interesante desarrollado por el autor y que le da unidad al conjunto de relatos: la vinculación de las historias a partir de la aparición de un mismo personaje en más de un cuento, como, por ejemplo Tomás Suki, primo de Sakai, quien termina siendo el protagonista de otro relato.

El tema del racismo en el Perú, presente en nuestra tradición cuentística en autores como Ribeyro, es otro de los temas tratados en *Juegos secretos*. En un cuento como “Gente guapa”, este tema es trabajado desde una nueva perspectiva que presenta al racismo al servicio del arribismo social y de la corrupción en el contexto de una clase social: la alta y rancia burguesía limeña. En la historia, el protagonista, un peruano-japonés, busca a toda costa el reconocimiento social aunque para ello tenga que traicionar a su pareja: una mujer negra que le fue leal en los peores momentos de su vida. Vale la pena destacar el hecho de que en este cuento se aborda el racismo entre minorías étnicas y que este enfoque permite observar la profunda complejidad de este fenómeno en una sociedad como la nuestra.

Otros temas, como el engaño amoroso en “Rita”, la crueldad llevada a un extremo en el ejercicio absurdo de la razón como en “Informe sobre Diego Ames”, o la sed de venganza en “El maestro de ceremonias”, nos revelan a un narrador finalmente dueño de sus recursos y ya maduro

en el manejo del lenguaje, cuyo preciso empleo nos proporciona una prosa limpia y bien lograda.

Con este, su cuarto libro de cuentos, Jorge Valenzuela confirma sus dotes de hábil narrador y se consolida como uno de los más destacados cultores del género corto entre nosotros. **(Marco Martos Carrera)**